

VOCES QUE NO ESCUCHAMOS

Cuentos de un campus vivo

Paige Poole y Norma Esparza
Compiladoras



Editorial



Voces que no escuchamos: cuentos de un campus vivo / compiladoras, Paige Poole, Norma Esparza; Stefani Pacheco González [y otros]; ilustraciones Andrea Díaz Ojeda [y otros]. – Barranquilla, Col., Editorial Universidad del Norte, 2018.

40 p. : il. col. ; 24 cm.
ISBN 978-958-789-012-9

1. Cuentos colombianos--Siglo XXI. I. Pacheco González, Stefani. II. Poole, Paige, comp. III. Esparza Cervantes, Norma, comp. IV. Díaz Ojeda, Andrea, il. V. Tít.

(Co863.508 V872 ed. 23) (CO-BrUNB)



Vigilada Mineducación
www.uninorte.edu.co
Km 5, vía a Puerto Colombia, A.A. 1569
Área metropolitana de Barranquilla (Colombia)

© Universidad del Norte, 2018
Paige Poole y Norma Esparza (Compiladoras).
Stefani Pacheco González, Sergio Andrés Santiago Manotas, Javier Francisco Hernández Feris, Sayd Adolfo Peñaranda Guerra, Marjorie Alexandra Pedrozo Tapia, Luis Guillermo Durán Uscategui y Laura Cristina Cuello Fuentes. (Autores).
Andrea Díaz Ojeda, Alejandra Laverde Gonzales, Camilo Andrés Rocha Calderón, Diego Fernando Ulloque Balza, Keivys Ávila, Alberto José Forero Tatis, Dayana Araújo Martínez y Cristian Chaparro Quijano (Ilustradores).

Coordinación editorial
Zoila Sotomayor O.

Asistente editorial
María Margarita Mendoza

Diseño y diagramación
Munir Kharfan de los Reyes

Diseño de portada
Silvana Pacheco

Corrección de textos
Eduardo Franco

Hecho en Colombia
Made in Colombia

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio reprográfico, fónico o informático así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

C O N T E N I D O

5

PRÓLOGO

7

DOS EXTRAÑOS

STEFANI PACHECO GONZÁLEZ
ANDREA DÍAZ OJEDA (ILUSTRACIÓN)

11

UN PÁJARO SUSPENDIDO

SERGIO ANDRÉS SANTIAGO MANOTAS
ALEJANDRA LAVERDE GONZALES (ILUSTRACIÓN)

15

MÁS RÁPIDA QUE LOS PERROS

JAVIER FRANCISCO HERNÁNDEZ FERIS
CAMILO ANDRÉS ROCHA CALDERÓN (ILUSTRACIÓN)

19

LA ÍNSULA

SAYD ADOLFO PEÑARANDA GUERRA
DIEGO FERNANDO ULLOQUE BALZA (ILUSTRACIÓN)

23

DEMONIO

MARJORIE ALEXANDRA PEDROZO TAPIA
KEIVYS ÁVILA (ILUSTRACIÓN)

27

LA LEYENDA DE LOS GIGANTES

LUIS GUILLERMO DURÁN USCATEGUI
ALBERTO JOSÉ FORERO TATIS (ILUSTRACIÓN)

31

ZARI, EN BUSCA DE LA TIERRA PROMETIDA

DAVID EDUARDO BORGE DONADO
DAYANA ARAÚJO MARTÍNEZ (ILUSTRACIÓN)

35

HODDIE

LAURA CRISTINA CUELLO FUENTES
CRISTIAN CHAPARRO QUIJANO (ILUSTRACIÓN)



P R Ó L O G O

La Universidad del Norte es un campus vivo en el que cohabitan personas con la flora y la fauna —silvestre y doméstica— sin que muchas veces escuchemos la voz de su presencia. Pero, todos los seres vivos tenemos un papel en los ecosistemas que habitamos; y para cumplirlo a cabalidad necesitamos de una interacción armónica. El programa institucional EcoCampus promueve una educación ambiental que facilita esa interacción a través del reconocimiento de la rica biodiversidad de la Universidad del Norte. Esta perspectiva pedagógica del entorno permite que todas las personas, sean estudiantes, docentes, funcionarios, contratistas o visitantes, conserven la biodiversidad y se relacionen mejor con otros seres vivos.

El grupo estudiantil Los Faunáticos propuso en el 2017 el concurso de cuento “Buscando la voz de la fauna uninorteña”. EcoCampus concretó la iniciativa con el generoso apoyo del grupo estudiantil FeliNorte, el Instituto de Idiomas, el Departamento de Diseño, el Departamento de Ciencias Básicas, el Departamento de Humanidades y Filosofía, el Centro Cultural Cayena, el Museo Mapuka y DuNord. Este libro ilustrado es el resultado de ese concurso.

Se convocó a toda la comunidad Uninorte a escribir cuentos cortos desde la perspectiva —y la voz— de los animales que habitan el campus. Cada cuento aborda los inconvenientes que tiene la fauna con los seres humanos o la sociedad moderna y deja alguna moraleja que incentiva una mejor relación e interacción con los protagonistas de los relatos.

Se recibieron trece cuentos y se escogieron cinco ganadores del concurso en las categorías de gatos, iguanas, aves y zarigüeyas: “Dos extraños”, de Stefani Pacheco González; “Un pájaro suspendido”, de Sergio Andrés Santiago Manotas; “Más rápida que los perros”, de Javier Francisco Hernández Feris; “La Ínsula”, de Sayd Adolfo Peñaranda Guerra, y “Demonio”, de Marjorie Alexandra Pedrozo Tapia.

Además de estos cinco cuentos, los jurados recomendaron la publicación de tres cuentos adicionales, por sus lecciones implícitas sobre la relación humano-naturaleza: “La leyenda de los gigantes”, de Luis Guillermo Durán Uscategui; “Zari, en busca de la tierra prometida”, de David Eduardo Borge Donado, y “Hoddie”, de Laura Cristina Cuello Fuentes.

Para complementar los textos, los estudiantes del programa de Diseño Gráfico, en la asignatura de Ilustración, crearon imágenes alusivas a cada uno de los cuentos. Luego de un proceso de curaduría, basado en la calidad gráfica y la afinidad temática con cada cuento, se seleccionaron las imágenes creadas por los estudiantes Camilo Andrés Rocha Calderón, Alejandra Laverde González, Keivys Johanna Ávila Donado, Andrea Vanessa Díaz Ojeda, Diego Fernando Ulloque Balza, Cristian Chaparro Quijano, Alberto José Forero Tatis y Dayana Isabel Araújo Martínez.

La ilustración adquiere importancia en este libro por su capacidad de traducir ideas a imágenes. Su campo de acción se ha abierto, liberándolo de la función tradicional de acompañamiento de los textos para extenderse a una función de complemento. Esta apertura posibilita que la ilustración gráfica cuente —por sí sola— una historia o exprese un concepto.

Es por esto que, en el ejercicio de ilustrar, el estudiante no acaba en la construcción del signo icónico que representa o que se parece a la realidad, sino que llega a comunicar significados, por medio del uso de recursos visuales que lo llevan a construir un signo plástico. Este límite se atraviesa con un proceso que incluye el análisis, la investigación y el manejo de la técnica. Así, las ilustraciones realizadas por los estudiantes proyectan sus voces como diseñadores y miembros de la comunidad universitaria.

Los ilustradores construyeron un lenguaje visual guiados por el uso de las figuras retóricas aplicadas a la imagen. El alcance de las imágenes creadas es proporcional a la sensación estética, humorística o irónica que producen las figuras retóricas, tal como lo anticiparon Aristóteles y Quintiliano en sus análisis de la argumentación.

Esperamos que estos cuentos ilustrados pongan en contacto a los lectores con los personajes que integran la fauna del EcoCampus de la Universidad del Norte para que todos escuchemos su voz.

PAIGE POOLE
NORMA ESPARZA
(Compiladoras)

DOS EXTRAÑOS

Stefani Pacheco González

Ilustración: Andrea Díaz Ojeda





El mundo es un lugar hermoso. Aparece en una capa de color negro mientras me dirijo en busca de algo que pueda apretar entre mis dientes y satisfacer la punzada en mi estómago. Llega entre mis patas y me atraviesa la nariz con su olor a tierra húmeda.

Ahora lo estoy viendo, aunque es diferente de vez en cuando. Saboreo mi camino y siento mi cola larga tocando los charcos de agua de este piso duro que se diferencia de la tierra. Este es el momento en el que me doy cuenta de que me he alejado un poco del árbol donde duermo y me he acercado al lugar de las grandes sombras que revolotean a mi alrededor y saltan cuando me miran.

Son criaturas extrañas, que se asustan fácilmente a pesar de su tamaño. No caminan en sus cuatro patas. Se aglomeran. Comen su comida de un elemento metálico que hace sonidos particulares. Uno de cosas pequeñas cayendo, metálicas. Otro de un elemento más grande y algo abriéndose y cerrándose. Caminan con la cabeza metida en un aparato de luz. Los admiro. Yo quisiera a veces



poder resistir esa luz blanca que amenaza siempre con robarse la hermosa noche. No porque no me guste lo que veo, sino porque me causa curiosidad ver lo que ellos ven.

—¿Qué se sentirá?— me pregunto en cuanto mi piel se eriza. ¿Qué se sentirá ver el mundo cómo lo ven ellos? ¿Será más grande? ¿Tendrá más color?

Los envidio y admiro porque no los conozco. Y me pregunto mientras camino hacia el gran árbol, que aún permanece firme frente a la gran boca que escupe las criaturas para adentro y para afuera: ¿Será su mundo tan bello como el mío?

Escucho el sonido de una rata que se mueve y se me hace agua la boca.

Por un momento dejo de pensar en aquello que me intriga.

Me vuelvo uno con las hierbas.

La atrapo y la aprieto hasta que algo se rompe en mi boca y deja de moverse.

Me olvido de todo por un momento.

Los placeres de la vida pueden ser tan simples y tan plenos.

Mis dientes devoran la pequeña forma aún caliente bajo mi peso. Es entonces cuando lo veo... un par de ojos que me miran. Una expresión con un sentimiento que conozco, pero no puedo nombrar. Un-corre-que-te-coge pintado en la cara de una de las criaturas que ya no parece una sombra.

No dice nada. Está quieta a unos pasos de mí.

El sabor de lo que está entre mis dientes me hace dudar si debo correr o quedarme.

Los ojos de la criatura me mantienen inquieto y ya no tengo hambre.

—¿Hay peligro?— me pregunto, pero mis patas ya se están moviendo rápidamente lejos del gran árbol y la criatura. Creo que lo había.

Algo horrible y espantoso debe estar cerca para hacer que una criatura tan grande mire de esa manera. Algo horrible.

* * *

UN PÁJARO SUSPENDIDO

Sergio Andrés Santiago Manotas
Ilustración: Alejandra Laverde Gonzales





Jamás voy a olvidar la primera vez que lo escuché, llevaba días oyéndolo y me preguntaba qué era. Una vez traté de convencerme de que era un lejano pariente, un carpintero picando un roble amarillo. Pero el ruido cada día sonaba distinto. —“¿Qué es? ¿Qué es? ¿Qué es eso?”—, me preguntaba cada vez que hacía su aparición. Me preocupaba porque iba en aumento, temía por mis pichones. ¿Arriba? No, aquí solo estaba el carpintero con su inofensivo pico, y no creo que fuera una iguana la responsable de esto. ¿Abajo? ¿Sería de abajo? Ahí había seres extraños. Sin alas y con la piel del color de un pichón. Para mí eran pájaros sin capacidad de vuelo, con picos extraños y siempre hambrientos, no los cerraban nunca. Los veía haciendo tantas cosas, no me extrañaba que hicieran también ese ruido.



Pasó algo de tiempo y, mientras me posaba en un pino, volvió a aparecer. Definitivamente eso no era un carpintero. Volvió a apagarse, me fui para mi nido. Pasaron muchas brisas, muchos soles y lunas antes de la llegada de mi pesar. Recuerdo muy bien ese día: estaba dándoles calor a mis pichones, cuando de repente sentí un temblor que me estremeció todas las plumas e hizo que ellos, indefensos, se pusieran en una actitud de miedo y súplica. No entendía qué pasaba, cuando al fin pude dar unos aleteos me di cuenta... ¡Era la extraña ave de abajo! Sin tener plumas, se las arregló para subir hasta donde me encontraba. Estaba montada en una cosa de palo, que otras veces está hecha como de roca gris o al menos tiene ese color y dureza. Duro era también el instrumento largo y filoso, como espinas de bonga, que incrustaba con fuerza en la madera, cercenando el árbol. ¡Ese era el ruido! Lo movió tanto: arriba, abajo, arriba, abajo... la rama terminó desprendiéndose con el nido. Entre el tortuoso ruido, quedé suspendida en el aire mientras veía, poco a poco, segundo a segundo, cómo caían mis pichones mirándome y abriendo sus piquitos, hasta que se cerraron al impactar contra el duro suelo. Hoy en mi soledad, me arrepiento, por no haberme ido la primera vez que escuché ese ruido.

* * *

MÁS RÁPIDA QUE LOS PERROS

Javier Francisco Hernández Feris

Ilustración: Camilo Andrés Rocha Calderón





Me levantó el rugido de una bestia de metal, de esas que pasan cada día por el camino al lado de mi casa. A veces, cuando mi barriga está llena, me siento a mirar a las bestias: sus patas moviéndose de manera anormal, sus corazas impenetrables de brillantes colores y sus ojos, inmóviles, que escupen luz y te ciegan si los miras fijamente de noche. Aunque mi pelaje no brille y mis ojos no alumbren, puedo ver en la oscuridad y supongo que el color café me luce porque de mis hermanos soy al que los humanos más acarician y dan comida. Pero hay algo de las bestias que yo quisiera tener: sus patas. Sus patas corren tan rápido que nunca he escuchado que a una bestia metálica la haya alcanzado un perro; ellos las persiguen por el camino, frente a mi casa, pero terminan rindiéndose y se quedan ladrando, cansados, con la lengua chorreante afuera. Ojalá pudiera decir lo mismo de los gatos. A los gatos sí nos alcanzan los perros y a muchos no se nos vuelve a ver luego de eso. Si tuviera patas como esas dejaría a los perros atrás. O, mejor

Más rápida que los perros



aún, los aplastaría. He visto a muchos perros en el camino luego de que las bestias les pasan por encima. Quedan aplanados como hojas. Hoy había decidido aventurarme a la jaula donde duermen ellas. Estando allí me subí al lomo de la más grande que vi, era plateada y su piel hervía bajo mis patas, supongo que debía haber estado toda la tarde descansando en el sol. Pasó un rato antes de que un humano llegara y, al montarse en ella, despertara a la bestia y la hiciera correr. La bestia devoraba el suelo bajo sus patas, y yo, luchando para no caerme, clavaba mis garras en su lomo, raspando parte de su brillante piel cada vez que la bestia aceleraba el paso. Sentía cómo el aire se estrellaba contra mi cara, mis orejas y mis bigotes, más fuerte con cada segundo que pasaba. Creía que iba a vomitar el corazón, era una combinación de miedo y euforia, como la vez que me trepé al árbol que da sombra a mi casa sin pensar en cómo bajar. Seguiría allí si no fuera porque un humano que iba cruzando el puente me vio y buscó ayuda para rescatarme. De aquí, sin embargo, no me quería bajar, estaba viviendo mi sueño. El suelo pasaba fugaz debajo de la bestia, a mis costados todo era siluetas y mezcla de colores. El viento inclemente hacía que abrir los ojos fuera casi imposible. Pero eso no impidió que, antes de pasarle por encima, viera la sombra negra que estaba en la mitad del camino. La bestia ni se percató de que habíamos arrollado algo. Escuché un maullido y miré hacia atrás. No, a algo no, a alguien. Me congelé, dejé que mis garras se soltaran del lomo.

La bestia y yo acabábamos de matar a mi madre.

* * *

LA ÍNSULA

Sayd Adolfo Peñaranda Guerra

Ilustración: Diego Fernando Ulloque Balza





C arajo, ¿dónde estará mi gorra de plato? ¿Y mis habanos? ¡Mis habanos! Así no puedo treparme a resoplar en ese atril. ¿Qué dirán mis amistades? Y olvídate tú de ellos, ¡qué dirán los camaradas! Pero tú entenderás, querido, que este desorden no es sino un resabio en la punta de la lengua producto de tener todavía una horda de palurdos (en parte para no levantar sospechas) a cargo de mis quehaceres, reuniones y demás formalidades. Afortunadamente, es algo transitorio; ya casi asestamos el *knockout*. ¡Demonios, voy tarde! O, al menos, eso dice el general Miraflores.

“En los próximos dos años, el programa habrá culminado y será puesto en marcha a gran escala. Los ejemplares más adultos, que se mostraban reticentes al cambio, empiezan paulatinamente a desarrollar los hábitos de conducta esperados. Han aprendido a mejorar su proceso digestivo a través del incremento de su temperatura corporal y algunos, han relegado sus viejas actividades para dejarse caer de bruces en el pasto, abandonándose por horas al canto del Sol cenital. ¡Y lo que es más bello, comandante:



empiezan a somatizar su ansiedad y miedos en el frenesí de céleres movimientos cefálicos y en el henchir de sus gargantas! Naturalmente, ha habido complicaciones, no mentiré. Sobre todo, en el decimotercer punto de la hoja de ruta: el manejo del estrés por convivencia. Como sabrá, estos cerdos, al hallar en el sexo la panacea para la resaca moral, han dejado críos desperdigados por doquier; debemos conseguir que, una vez evolucionados, aprendan a convivir en las áreas geográficas más densamente pobladas. También hemos detectado una suerte de aversión inmunológica que ralentiza la pigmentación de la piel y el crecimiento de la cresta en su sección dorsal inferior. Estamos a la espera de una nueva semilla que nos llegará desde el Uruguay y que supone ser la solución a estos contratiempos. Pero sí, en términos generales, le digo, todo va de maravilla”.

Algo así leía en su último informe. No recuerdo. No tengo tiempo para recordarlo. Maldita sea, ¿ya dije que voy tarde? Sigo sin saber dónde habrán puesto mis puritos; estoy que me fumo la cola. Revisemos esto. “Excelentísimos miembros de la Junta Militar, es grato para mí el darnos a la cita el día de hoy, vigésimo aniversario de la Revolución...”. Hermoso... “... la ignominia y la sumisión fueron por cientos de años moneda corriente en nuestras vidas: éramos bultos reptantes al servicio de fetiches pequeñoburgueses y el aperturismo y el consumo y...”. ¡Magnífico! El ejemplar que redactó esto ha de estar entrando en la fase final; parece escrito a garras. Sí, sí. Me gusta. 13:14. ¡No hay tiempo para más, he de irme! Una última acicalada por aquí... ¿Cómo es que era? Excelentísimos miembros de la Junta Militar... Eso es, lo tengo. ¡Criado, criado... Apúrele y tráigase el guacal de terciopelo rojo! ¡Rápido, que voy tarde! Debería dejarlo sin comida... ¿O luego divertirme rajando su vientre? ¡Ja, ja, ja! Calma, va en broma. A ver, una vez más: Excelentísimos miembros de...

* * *

DEMONIO

Marjorie Alexandra Pedrozo Tapia

Ilustración: Keivys Ávila





o mejor de ser un gato callejero es la libertad. Puedes correr, saltar, trepar y ver toda la ciudad desde la parte más alta de cualquier edificio. Amo correr entre los techos, sintiendo la brisa en mis bigotes, y luego descansar con mi única amiga, una gata blanca con manchas marrones.

Ella se llama a sí misma Estrella, porque le encanta ver las estrellas cada noche. Pero le dicen Demonio por el sonido gutural que hace cada vez que come, para ahuyentar a cualquiera que quiera robarle la comida. Estrella tiene cuarenta y uno años humanos, y desde que nació ha vivido en la calle.

Estrella me encontró cuando era bebé, en una bolsa de basura. Nunca me faltó nada, porque ella se hizo cargo de mí. Me enseñó a lamerme, me daba comida y luego me enseñó a cazar. Dos años después, seguíamos cazando juntos. Éramos los dos contra el mundo.

Ella sobrevivió a inundaciones, envenenamientos, enfermedades misteriosas, gatos territoriales, perros que se molestaron porque no corría al verlos, humanos que pretendían asesinarla, incluso a



una caída de un quinto piso. Bromeábamos acerca de que solo le quedaba una vida porque ya había perdido las otras seis.

Una noche, hablamos del futuro en la terraza de una casa.

—Cuando me muera, quiero que consigas un humano bueno, que te alimente con pavo. —Levantó una de sus patas traseras para alcanzar a lamerse la barriga—. Sin mí, con lo torpe que eres, seguro te mueres a la semana.

Antes de que pudiera responderle, escuchamos a un perro. Estaba demasiado cerca. Corrimos de inmediato al árbol más cercano, pero él era muy rápido. Se acercó a mí porque estaba más cerca.

Todo sucedió rápidamente. Estrella se interpuso entre ambos, permitiéndome escapar. El animal la mordió brutalmente sin dudarle. Después de darla por muerta, se marchó. Ella no se movía. Yo, en medio del miedo y la tristeza, me acerqué a ella. Seguía viva.

Desesperado, rasguñé la puerta de la casa para llamar la atención y maullé lo más fuerte que pude. Cuando estaba a punto de darme por vencido, escuché unos pasos que se acercaban. Una humana se asomó y se acercó.

Me sorprendió ver que estaba calmada. La mayoría de los humanos se habrían asqueado o me habrían ignorado. Pero ella tocaba a Estrella con comodidad. Acto seguido, corrió adentro de la casa, y me desanimé porque pensé que no volvería a salir. Pero ella volvió, tomó a Estrella con un trapo y la llevó adentro. Cerró la puerta.

En la mañana, la puerta volvió a abrirse. La humana salió de la casa y me miró. Estrella estaba encima de una mesa. Seguía inconsciente, pero respiraba. Me acosté junto a ella y cerré los ojos.

Cuando desperté, me encontré con los ojos verdes de Estrella. La humana estaba acariciándola mientras le daba un poco de comida húmeda que olía a pavo. Esa fue la primera vez que escuché a Estrella ronronear.

Y así fue como conocimos a nuestra humana.

* * *

LA LEYENDA **DE LOS GIGANTES**

Luis Guillermo Durán Uscategui
Ilustración: Alberto José Forero Tatis





Durante miles de generaciones se ha transmitido la leyenda de los gigantes, seres todopoderosos, destructores y jueces de la vida. Temidos por muchos y admirados, curiosamente, por otros. Es innegable su poder mágico de cambiar una tierra de verde a otra de piedra y enormes montañas esbeltas que tocan las nubes. Esa es la leyenda que el abuelo Annu nos repite una y otra vez desde que tengo memoria.

—Abuelo Annu, ¿es verdad que los gigantes pueden destruir bosques enteros?

—Solo si su hambre es lo suficientemente grande.

—¿Quiere decir que son herbívoros?

—No seas crédulo, niño. Ellos también se comerían tu cabeza.

Acostados nuestros verdes y escamosos cuerpos sobre la rama de un árbol, los jóvenes nos habíamos reunido con el abuelo para pasar la noche y escuchar sus historias. Desde niños a adolescentes, todos supieron que el abuelo había visto a los gigantes en persona hace mucho tiempo. Y yo quería escuchar esa historia.

—Abuelo Annu, ¿cómo son los gigantes?

—El abuelo está loco, seguro que se tropezó con un árbol después de haber comido accidentalmente una hoja de marihuana.

—Cállate, Tak. Deja hablar al abuelo.

El abuelo se percató de la pregunta, pero no del comentario de Tak, afortunadamente. Pensó y recordó profundamente.



—Los gigantes, los recuerdo como si fuera ayer. Cuando tenía tu edad, me alejé tanto de casa hasta que ya no había bosque.

—¿Ya no había bosque?

“Esto se puso interesante”, pensé. “No sabía que había vida más allá del bosque”.

—¿Adónde llegaste, abuelo?

—No lo sé muy bien, solo que frente a mí había un paisaje gris. Lejos había montañas extrañísimas. Largas y delgadas, grises, conformaban un paisaje alienígena, pero bello a la vez.

—¿Los gigantes son alienígenas? —preguntó un niño.

—Todo fuera de nuestra tierra es alienígena. Di varios pasos hacia adelante, hipnotizado con el mundo nuevo que acabé de ver. El suelo era solo de piedra, quería saber qué encontraría en este lugar. Sentí que el suelo se agitaba y escuché un idioma irreconocible. Fue cuando los vi, los gigantes.

Todos los jóvenes abrieron sus oídos al escuchar la anécdota del abuelo. Sobre todo yo. Quería la atención del abuelo.

—Abuelo, ¿los gigantes son benévolos?

—Nunca se saben las intenciones de otro mundo. Los gigantes eran de piel muy colorida, incluso más que las aves. Caminaban sobre dos piernas y sus patas delanteras colgaban de sus pechos.

Los jóvenes no podían creer lo que escucharon, cada uno intentaba imaginar a los gigantes en su cabeza.

—Abuelo, ¿te hicieron algo?

—Me sujetaron con sus enormes garras y me secuestraron. Seguían con su idioma extraño que no comprendía, pero sabía que reían maliciosamente. Pasé días sin ver la luz del sol en un lugar oscuro, escuchándolos a toda hora. Fue cuando comprendí que no, no son benévolos.

Cuando el abuelo dijo eso, entendí el sentido de nuestra existencia. Somos una isla en medio de un océano inexplorado, lleno de monstruos que nunca sabremos qué quieren de nosotros.

* * *

ZARI,
**EN BUSCA DE LA
TIERRA PROMETIDA**

David Eduardo Borge Donado
Ilustración: Dayana Araújo Martínez





Hola! Antes que vayas a correr espantado y me grites, quiero contarte algo. ¿Me lo permites? Mi nombre es Zari, la zarigüeya, ese es mi nombre real, y como las ratas y los gallinazos, soy un animal que siempre ha cargado con una mala reputación, lo cual me ha alejado de ustedes, y hoy, aprovechando la oportunidad de escribir, quisiera explicarles un poco.

Hace muchos años mis antepasados vivían en los bosques, comían frutas, eran felices; pero, con el pasar del tiempo y la expansión urbana, fuimos perdiendo espacio. Mientras en las ciudades éramos perseguidas por perros, gatos y humanos, en las carreteras corríamos el peligro de ser atropelladas, y al final, de a poco, nos fuimos quedando sin hábitat.

Yo nací en la ciudad, donde éramos perseguidas y nos hacían ataques confundiéndonos con ratas gigantes, animales malolientes, dañinos, mejor dicho, una plaga. Un día mamá zarigüeya tomó la decisión de salir de ahí, motivada con la idea de que no muy lejos donde empezaba el bosque había un lugar maravilloso.



El peligro era inminente, pero aun así salimos. El camino estaba lleno de personas que se alejaban, niños que nos tiraban piedras y carros que aceleraban sin pensarlo. Así fui perdiendo, uno a uno, a cada uno de mis hermanos que murieron atropellados.

Poco antes de llegar a este lugar, mamá zarigüeya fue atropellada. Antes de morir, mamá sonrió y me dijo: "Solo camina un par de metros y encontrarás ese paraíso donde mi generación será feliz".

No lo niego, hoy parte de esa felicidad se cumplió. Aquí viven mis hijos que se pierden entre los árboles que armonizan con los edificios de ese lugar al que ustedes llaman Universidad del Norte. Aún son muchos los que creen que somos ratas gigantes y huyen, así como los que despectivamente gritan: "¡Zorro chucho!". Y lo cierto es que soy un marsupial, ¡sí! un marsupial, te suena la palabra, ¿cierto? Así como mis primos los canguros o koalas, también cargamos a nuestras crías en pequeñas bolsitas o en nuestro lomo. Realmente ellos son la familia a la que pertenezco, y mi comida favorita son las fruticas.

Ojalá puedas comprender que soy un animal que hay que proteger y conservar. No represento un peligro para ti; al contrario, soy tu amiga. Como te decía, me encantan las frutas, por ende, siempre estoy dispuesta a trabajar para dispersar semillas de manera que nazcan más arbolitos. Además, soy importante para el control de plagas, porque también me gustan los insectos y pequeños roedores. Cuando me veas, no huyas; al contrario, pasa tranquilo que soy un animal indefenso, y recuerda que, antes que atacarte, estoy en este ecosistema para trabajar en conjunto contigo y para todos. Sé que esta es la tierra prometida de la que mamá zarigüeya hablaba y solo falta que, a través de ti, tus amigos nos comprendan un poquito más.

Un abrazo para ti, tu amiga Zari, la zarigüeya.

* * *

HODDIE

Laura Cristina Cuello Fuentes

Ilustración: Cristian Chaparro Quijano





A mi primer año de vida ya era huérfano, solitario, poco comprendido, tenía un pelaje largo, pero opaco, lleno de calvicies a causa de hongos y pegado a mis huesos. Me pasaba mis días escondido en túneles y mis noches cazando tratando de olvidar lo que en verdad necesitaba.

Los días pasaban y no dejaba de desear eso que tanto quería, eso que casi todas las especies necesitan. Hice amigos, pocos, pero los hice. Al menos, eso demuestra que puedo ser amado y que no era como muchos creían que era, un gato malvado y agresivo. Amaba las horas del almuerzo en las que recibía la visita de un viejo amigo. Recuerdo que me cantaba, me alimentaba, y me dio un nombre: Hoddie.

Cuando ya casi cumplía mis dos años, un grupo de personas me encerró. Tenía tanto miedo porque no sabía hacia dónde iba, había mucho ruido, pero, al pasar un par de minutos pude ver la cara de mi amigo sosteniendo la caja con rejas en la que me tenían. De repente, me sentí calmado y entendí por qué estaba allí encerrado: ¡me estaban buscando un hogar para siempre!



Las horas pasaban y pasaban y solo veía que mis otros compañeros gatunos ya habían sido adoptados, pero yo aún seguía encerrado en la misma caja con rejas. Empecé a sentir tristeza, a pensar que quizá nadie me quería porque no era el más bonito, sino el más enfermo y poco sociable. Había perdido la fe hasta que vi una chica de cabello negro, largo, de grandes ojeras y con buen olor, muy bonita, sin dudas, estaba mirándome y saludándome.

Levantaron la caja con rejas en la que me encontraba y, cuando quise darme cuenta, ya estaba en otro sitio, mi nuevo hogar. Recibí mi primer baño, por primera vez supe qué era la comida húmeda, y una caja de arena. Mientras mi nueva madre me acariciaba, me decía: "Estarás bien, no te abandonaré jamás hagas lo que hagas, te cuidaré, sanarás y serás amado", y fue entonces cuando mi deseo de ser amado y tener un hogar, una familia, se cumplió.


Ahora soy un gato con un pelaje largo y brillante, con un cuerpo robusto sin signos de desnutrición, con una piel sin calvicies, soy feliz y me gustaría que todos los gatos pudieran tener un hogar para siempre, en el que no sean abandonados, discriminados por enfermedades y, sobre todo, que comprendan que nos encanta cazar, ser acariciados y arañar nuestros juguetes, aunque estos resulten ser tus más bonitos muebles.

No nos abandones.

* * *



Esta obra se editó en Barranquilla por
Editorial Universidad del Norte en julio de 2018.
Se compuso en Adobe Clean (OTF) y Bebas Neue.



Esta obra contiene narraciones literarias salpicadas de humor, fantasía y drama que muestran la, en ocasiones, ardua pero bella existencia de personajes que habitan el Ecocampus de la Universidad del Norte. Como acompañamiento a las historias, el libro se apoya en ilustraciones que comunican mensajes de conciencia ambiental e invitan al lector a prestar atención a otro tipo de voces en el entorno que normalmente no son atendidas.